

COMENTARIOS Y CRONICAS

CARLOS VÉJAR LACAVE

EN DEFENSA
DE LA
JUVENTUD

LA PRENSA diaria y las revistas de México hacen ahora publicidad a la falta de moral que exhiben nuestros jóvenes. Señalar una falta, es empezar a combatirla y esta preocupación de nuestra prensa es útil y es constructiva, ya que la delincuencia juvenil y la inmoralidad en la adolescencia constituyen problema que afecta a la sociedad en general. Pero desgraciadamente hasta ahora la situación ha sido examinada con superficialidad sin adentrarse en la etiología del mal. Por otra parte se toman como representantes de la juventud a los descastados tarzanes que noche a noche se exhiben en los cabarets de arrabal o a los rebeldes sin causa, que en pandillas motorizadas, acechan nuestros barrios elegantes.

Esto es francamente erróneo y no puede ser generalizado, nuestra juventud no debe ser juzgada por los viciosos y débiles mentales que forjan tipos que el cinematógrafo se empeña en presentarnos; la inmensa mayoría de nuestros jóvenes no es así; existe una gran cantidad de muchachos que llenan las aulas con afán de saber, otros que concurren constantemente a nuestras bibliotecas y otros más que van a diversiones sanas, conocen sus derechos y obligaciones y actúan con un estricto sentido de responsabilidad.

Es bien sabido que el ambiente de la post-guerra trae aparejada una relajación de las costumbres y una pérdida de la fé en la estructuración de una sociedad justa y noble, también es verdad que somos testigos del tránsito de una época a otra; la humanidad vive sobre un puente que liga un pasado ahora muy remoto y un futuro que aun no se vislumbra con claridad; todo esto es desalentador, igual para jóvenes que para

viejos y hace que nuestros actos sean en ocasiones titubeantes e incluso que a veces sea difícil distinguir el bien del mal.

El problema de nuestra juventud no es enteramente el de una juventud desquiciada y en eso hay que hacer énfasis para defender los elementos valiosos que pueden servir de ejemplo a los demás. Distan mucho nuestros adolescentes de constituir una generación perdida y aunque haya sin duda relajación moral en una buena parte de ellos, la culpa no es suya íntegramente, pues sufren el concepto erróneo que exalta los valores materiales por sobre los valores morales que son los verdaderamente importantes. Pero la conclusión es que los adolescentes de hoy en día no son realmente mucho más malvados de lo que eramos nosotros. *Elmo C. Wilson* refiere el resultado de una encuesta llevada a cabo en 13 países, donde recibió entre los adultos la idea general de que los jóvenes de hoy en día se portan más o menos igual que los de la pasada generación. Sin embargo, se admite en dicha encuesta que los jóvenes no respetan la autoridad; “actúan con demasiada libertad, ni siquiera prestan atención a los padres o a las personas mayores, han interpretado mal el significado de la palabra libertad”.

II

Las causas de la corrupción juvenil son múltiples y el análisis de ellas nos servirá para corregir el mal en su causa y no en sus resultados. El joven es producto fundamental de sus tendencias hereditarias y del medio en que vive. Este último se le presenta en dos aspectos el familiar y el social. Si la familia es desunida, si los padres se avienen mal, si el disgusto y la palabra ofensiva está a flor de labio si el padre es perverso o la madre es jugadora y frívola y ninguno de los dos presta debida atención a sus hijos que han vivido la mayor parte de su vida en manos de sirvientes, el resultado de esperarse, la influencia de estos ejemplos será nociva y al propio tiempo definitiva para el ser que se está formando. Si no hay medio familiar porque el divorcio ha disgregado el hogar, lógicamente es poco lo que puede hacerse por la educación moral de los hijos que ignoran la guía amable y cariñosa que constituye el ambiente hogareño con su simple existencia.

Para fortuna nuestra hay muchos jóvenes que viven en el seno de familias morales y padres bien avenidos, que vigilantes orientan a sus descendientes hacia el bien y que atinadamente muestran un ejemplo edificante que es seguido por los hijos que reciben así la mejor de todas

las herencias en forma de dignidad y honradez. Estos muchachos aprenden a enjuiciar los vicios y las virtudes y a decidirse por estas últimas, preparándose así en el estudio para cumplir su deber y su trabajo.

El medio ambiente se muestra bruscamente al joven que entra a la vida con los ojos muy abiertos y ávido de saber; el panorama que contempla es desgraciadamente desolador, la sociedad en que vive le descubre poco a poco la mentira, la hipocresía y la mala fé, la falta de probidad, el engaño y la inmoralidad; naturalmente, el advertirlo, provoca hondo impacto en su ser y en aquellos casos de seres frágiles e inadaptados o con franca tendencia al mal, puede ayudarles a justificar su falta de escrúpulos, el libertinaje y aún el crimen. En realidad todos los actos inmorales y delictuosos que muestra la juventud son un reflejo de aquellos que ejecutan los adultos y el ejemplo es la escuela que más profundamente penetra en su alma.

La propaganda al vicio que en nuestro tiempo es abrumadora constituye otra de las causas de la corrupción juvenil. Los medios de publicidad desde la caricatura, la revista, el cine y la televisión presentan en ocasiones con ribetes heroicos la técnica del robo, la violación, los juegos de azahar, el abuso de confianza, la estafa y hasta el asesinato. Toda esta podredumbre del alma humana excita la imaginación de productores de películas que hacen argumentos derivados de estas situaciones anormales, paseando así por las pantallas de nuestras salas de exhibición escenas de vicio e inmoralidad que estimulan al poco escrupuloso, al imaginativo y al aventurero para vivir en la vida real las ficciones del cinematógrafo.

III

Es así como queda demostrado que somos los adultos los directamente responsables del camino que nuestra juventud tome; que a nosotros se deben sus desviaciones tanto como sus aciertos, pues el sentido moral solo se imparte siendo también moral; mientras entre los hombres existan los vicios, la mala fé, el deseo de preeminencia sin escrúpulos el afán de ganar dinero por las vías más fáciles y la carencia del sentido de responsabilidad, mal podemos exigir de nuestros jóvenes, pureza, bonhomía, buen juicio e ideales nobles. Es menester enseñarles que el principal valor no es el dinero; que lo que en la vida verdaderamente vale no cuesta nada en metálico. El amor, la fé, el conocimiento,

la bondad, no pueden cotizarse económicamente ni se pueden adquirir con todos los millones del mundo y sin embargo son los valores que pueden darnos la mayor felicidad. El padre que haya procedido así; mostrando a sus hijos una vida digna e inculcándoles rectos principios, verá con orgullo pasar la adolescencia de sus muchachos sin gran desorientación, siguiendo posteriormente por el buen camino; mas en el caso contrario, mal hará en quejarse de que sus descendientes jóvenes solo quieran saber de automóviles, lujos, sensualidad y cinematógrafo. Lógicamente el adolescente, en la mayoría de los casos, será el producto de estas tres cosas: la herencia, el medio familiar y el medio social.